

AUJUDA

SEMAMARIO DE LA SOLIDARIDAD

ATJUDA

AÑO II.—NÚM. 38

Madrid, 16 de enero de 1937

Precio: 15 cts.

Comandante Lister.

Los milicianos del frente piden a las mujeres y a los niños que se evacúen. Las calles están convertidas cada vez más en campo de batalla. La aviación y la artillería bombardean salvajemente todos los puntos de la capital. Por eso los combatientes del frente os piden, os exigen, que os vayáis. Que dejéis Madrid solamente para los que luchan con las armas en la mano.

CANTO

a las madres de los milicianos muertos

¡No han muerto! Están en medio de la pólvora,
de pie, como mechas ardiendo!

Sus sombras puras se han unido
en la pradera de color de cobre
como una cortina de viento blindado,
como el mismo invisible pecho del

[cielo.

¡Madres! Ellos están de pie en el

[trigo,

altos como el profundo mediodía,
dominando las grandes llanuras!

Son una campanada de voz negra,
que a través de los cuerpos de acero

[asesinado

repican victoria.

¡Hermanas como el polvo
caído, corazones

quebrantados,
tened fe en vuestros muertos!

No sólo son raíces

bajo las piedras teñidas de sangre;

no sólo sus pobres huesos derribados
definitivamente trabajan en la tierra,

sino que aún sus bocas muerden pólvora

[seca

y atacan como océanos de hierro, y aún
sus puños levantados contradicen la

[muerte.

Porque de tantos cuerpos una vida
se levanta. ¡Madres, banderas, hijos!

Un solo cuerpo vivo como la vida;
¡un rostro de ojos rotos vigila las ti-

[nieblas

con una espada hinchada de esperanzas

[terrestres!

Dejad

vuestros mantos de luto; juntad todas
vuestras lágrimas hasta hacerlas me-

[tales;

que allí golpeamos de día y de noche,
allí pateamos de día y de noche,

allí escupimos de día y de noche,

¡hasta que caigan las puertas del odio!

Yo no me olvido de vuestras des-

[gracias, conozco

vuestros hijos,

y si estoy orgulloso de sus muertes,
estoy también orgulloso de sus vidas.

Sus risas

relampagueaban en los sordos talleres;
sus pasos, en el Metro

sonaban a mi lado cada día, y junto
a las naranjas de Levante, a las redes

[del Sur, junto

a la tinta de las imprentas, sobre el ce-

[mento de las arquitecturas,

he visto llamear sus corazones de fue-

[go y energías.

Y como en vuestros corazones, ma-

[dres,

hay en mi corazón tanto luto y tanta

[muerte,

que parece una selva
mojada por la sangre que mató sus

[sonrisas,

y entran en él las rabiosas nieblas del

[desvelo

con la desgarradora soledad de los días.

Pero

más que la maldición a las hienas se-

[dientas, al estertor bestial

que aúlla desde el Africa sus patentes

[inmundas;

más que la cólera, más que el despre-

[cio, más que el llanto,

madres atravesadas por la angustia y

[la muerte,

mirad el corazón del noble día que

[nace,

y sabed que vuestros muertos sienten

[desde la tierra,

levantando los puños sobre el trigo.



Las mujeres españolas en la lucha contra el fascismo

Desde el primer momento, desde las primeras luchas, la participación de las mujeres en el heroico movimiento contra el fascismo ha sido rotunda y admirable.

En todos los aspectos, en todas las facetas de la lucha, su participación activa ha indicado que todo el pueblo trabajador español interviene en la gran batalla contra el fascismo.

En los primeros momentos intervinieron directamente en la lucha. Después, cuando la guerra tomó nueva extensión, ha sido la mujer la principal colaboradora de la retaguardia, lo que ha hecho que las necesidades de los combatientes, a cuya atención hubo que atender de improviso, estuvieran aseguradas.

Fue primero vestir a nuestros soldados. Los talleres surgieron en todas partes. Centenares de mujeres cosieron ropas para los milicianos. Desinteresadamente ofrecieron sus conocimientos profesionales; otras, con admirable esfuerzo, consiguieron en poco tiempo adquirir la destreza necesaria. Los talleres que el Comité Nacional de Mujeres organizó, colaboraron con la labor de la Intendencia militar para abastecer al Ejército. La iniciativa de las mujeres consiguió telas y máquinas, millares de prendas se repartieron y los milicianos supieron que, gracias al trabajo de las mujeres, podían luchar contra el frío. Hasta aquellas compañeras abrumadas por el trabajo de la casa supieron encontrar horas libres para hacer jerseys de lana. Los pasamontañas tejidos que las mujeres aprendieron a hacer, han sido el regalo más deseado para un miliciano de la Sierra.

Los talleres que en el primer momento surgieron, se han convertido hoy en verdaderos talleres con producción regular, colaboradores eficaces para la Intendencia del nuevo Ejército.

Las mujeres atendieron a los heridos. Millares de nuevas enfermeras se formaron. Pero, además, el Comité Nacional de Mujeres creó equipos de visitadoras que llevan hasta los heridos la relación con la calle. Estas compañeras realizan un verdadero esfuerzo con absoluto desinterés. Diariamente visitan los hospitales, proporcionan ropa a los heridos, les resuelven los pequeños problemas de la calle, gestionan el pago de los haberes, etc. Llevan a los heridos la auténtica solidaridad, en sus formas más prácticas.

A los frentes ha llegado también, de una manera directa, el esfuerzo de las mujeres. Las visitas a los parapetos llevando café caliente y licores, que confortaban después de las noches de frío y lucha y que decían a los milicianos cómo para ayudarlos no se vacilaba en ningún esfuerzo. Varias compañeras fueron heridas, una gravísimamente. Hoy, el esfuerzo de las compañeras se suma al de la Intendencia, y todos los días los milicianos toman café caliente en los frentes de Madrid.

La moral, el empuje del pueblo español ha sido sostenido por nuestras mujeres; ni los bombardeos, ni las privaciones que el cerco de Madrid impone, han hecho mella en las mujeres. Siguen en sus puestos trabajando bajo la metralla. Cuanto más dura es la guerra, más firmemente están dispuestas a todo, hasta llegar al triunfo.

Y cuando éste llegue, cuando la victoria permita vivir felices, elaborando una vida nueva, las mujeres antifascistas españolas podrán decir orgullosas que una gran parte les corresponde a ellas.

ENCARNACION FUYOLA

Secretaria general del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo.



UNA VIDA DE CLAUSURA

Desde muy pequeñas ingresaban las huérfanas en el Instituto del Pilar, con la recomendación de alguna dama de la aristocracia. Ya en el Colegio, la vida se sucedía monótona y triste. De la iglesia a la clase y de la clase a la iglesia; en la iglesia rezaban constantemente, y en la clase aprendían labores que no servirían para nada.

Cuando las educandas cometían alguna falta, eran severamente castigadas. Unas veces lamían el suelo de los claustros, y otras dejaban transcurrir las horas de cara a un rincón lleno de telarañas en alguna habitación oscura y llena de trastos.

Y así vivían años y años estas niñas que se educaban para mujeres. Los diecinueve años era la edad máxima para permanecer en el Colegio. Entonces las monjas les abrían las puertas de la calle, entregándolas quinientas pesetas y un bagaje de ropas íntimas que no ser-

LAS CHICAS DEL COLEGIO DE MONJAS

vían para nada y de las cuales se reírían hasta las mismas damas elegantes que las recomendaron. Las chicas se encontraban en la calle sin rumbo fijo; unas iban directamente a servir y otras buscaban alojamiento en casa de amistades de su familia hasta en-

contrar algún sitio donde poder trabajar.

El silencio sepulcral del claustro monjil desentonaba bastante con el bullicio de la ciudad burguesa, plétórica de vicios. Al salir del Colegio las muchachas y no encontrar colocación, hallaban, sin embargo, el camino más fácil por otros senderos. En las chicas-taxis se pueden reunir bastantes historias para hablar del Colegio del Pilar, que se dedicaba a la educación de la mujer.

CUANDO EL PUEBLO SE LEVANTABA FRENTE A LOS TRAIDORES

En el mes de julio, las voces del pueblo levantado frente a los traidores traspasaron los muros del convento, soliviantando la paz de los claustros. Al revuelo de las gentes en la calle siguió el revuelo de las faldas monjiles y de la sotana del cura. Las monjas se reunieron alarmadas y llamaron a las chicas. Y el cura habló con voz de moscardón:

—Portaos bien, que va a llegar la "guardia roja". Vendrán con ella unas señoritas pintadas y os llevarán de aquí para haceros saber Dios lo qué. Encomendad vuestra alma al Supremo y que El decida de nuestra suerte...

Y llegó la "guardia roja" y las señoritas pintadas. Las monjas se fueron de allí por su propia libertad, así como el cura. En el piso de abajo se instaló rápidamente un

hospital de sangre, mientras que las internas continuaron en el piso superior con sus nuevos protectores. Ellas creyeron que habían cambiado de dueños y no de régimen. Continuaron hablando con la misma voz apagada de antes. Cuando tenían que dirigirse a alguna de las nuevas compañeras, hablaban temerosas y con la vista fija en el suelo, esperando el castigo que nunca llegaba.

EL CONCEPTO DE LA LIBERTAD

Algunos días más tarde fueron evacuadas a Valencia, donde viven en la actualidad. La mayoría de las muchachas tienen de diez a diecinueve años. Hay una que cumplió los diecinueve pocos días después de la incautación del convento. Y su preocupación era constante por no saber dónde dirigirse en plena revolución. Preocupada por el reglamento de la Institución, no comprendía de qué forma continuar allí.

Ahora viven en una casa de pueblo. La reacción sufrida por las chicas ha sido inmensa. Sus ojos se han abierto ante una vida que les habían presentado como libertina...

EL GRAN EXPERIMENTO

Ante nosotros tenemos un gran experimento: las niñas, que se han pasado toda su vida encerradas en los claustros, sin relaciones con nadie, y ahora se encuentran en el torbellino de una guerra civil que ha desquiciado todo el orden viejo. En la transformación de ellas, en su incorporación al trabajo para la reconstrucción de España, tendremos que ver grandes cosas. El tiempo no impide que las narremos ahora; pero cuando pasen los meses, dentro de un año, quizás, las internas del Colegio del Pilar para la educación de la mujer serán unos formidables personajes para escribir una novela sobre la revolución española.

Las compañeras de los combatientes



dad, el hambre y el frío de nuestros barrios trabajadores.

Más tarde empezaron a tronar sobre nuestras cabezas los aviones, comprados al precio de nuestras libertades y de nuestra riqueza. Estos aviones venían especialmente por ellas, por las compañeras de los combatientes. Y ellas los vieron venir con rabia e indignación, pero sin espanto. Sus corazones permanecieron enteros. Las bombas cayeron sobre sus cabezas, y con sus cuerpos tuvieron que amparar a las criaturas indefensas. Estallaron bombas y obuses; se derrumbaron techos y paredes; muchas mujeres y muchos niños quedaron hundidos varios metros bajo tierra; las supervivientes salieron de en medio del humo o de los escombros, del hospital o del sótano, con los puños crispados, profiriendo maldiciones, en vez de quejas.

La guerra deshizo los hogares, las familias. Hubo que evacuar niños y mujeres. Los hombres marcharon al frente, al cuartel o a las fortificaciones. También hubo mujeres que se pusieron a cavar trincheras. Muchas han visto partir a sus compañeros, a sus padres, a sus hermanos, con los ojos húmedos y el corazón entero. No pocas han dejado de verles para siempre. Pero día a día han continuado, no obstante, trabajando por la victoria, sosteniendo con su conducta magnífica la moral de retaguardia, tan importante en esta guerra cruel como la de vanguardia.

Fue preciso evacuar a los niños. Con dolor han visto nuestras mujeres partir a sus hijos de la estación del Mediodía. Este ha sido acaso su más penoso sacrificio. Algunas se han ido con ellos. La mayoría permanece aquí, apegada a su casa, a su barrio o, más

generalmente, a sus compañeros, por estar más cerca de éstos, por morir con ellos si había que morir. Hubo que recurrir a una mayor presión y propaganda para apresurar la evacuación. Pero son muchas las mujeres que permanecen al borde del peligro; para ellas la vida sólo tiene sentido con la victoria, y para verla de cerca y contribuir a ella, se han negado a ser evacuadas, quizá contra lo que más conviene a nuestra lucha, ya que en la línea de fuego sólo debe haber combatientes.

De Madrid se han evacuado muchas mujeres, pero otras han sido evacuadas de las zonas de guerra hacia el centro de la capital. Aquí han llegado cargadas de pobres enseres, acompañadas de niños y ancianos, se han ido a dormir a refugios y andenes, hasta que las organizaciones o las autoridades les han facilitado el pase hacia Levante o les han habilitado donde recogerse.

En vano han intentado los aviones facciosos aterrorizar a nuestras mujeres. Ellas siguen curando en los hospitales, cosiendo en los talleres, aguardando en las "colas", animando a sus compañeros. Lejos de desmoralizar la retaguardia, son ellas las que con frecuencia alzan, con razón, la voz ante tal o cual propensión de los hombres al abandono o al clásico vicio burgués español del café.

Abnegación, austeridad, heroísmo, espíritu de trabajo; la mujer revolucionaria española ha sabido poner en práctica estas virtudes en alto grado. Muchas veces la hemos visto levantar los puños y apretar los dientes contra los aviones negros. Otras, pasar ante la puerta del hospital, en el momento de bajar los heridos de las camillas, con los ojos húmedos, pero tratando de ocultar las lágrimas.

Y no pocas van luego a esos mismos hospitales a dar su sangre a los que la han perdido por el porvenir de todos.

L. E.



Las compañeras de los combatientes se fueron a la conquista del cuartel de la Montaña, del Campamento de Carabanchel. Luego marcharon hacia frentes más lejanos, ya como enfermeras, ya, hombro a hombro con los milicianos, hacia las avanzadillas.

Aquellos momentos de exaltación magnífica se fundieron luego en otros más serenos y maduros. La mujer empezó a refluir de los frentes, donde los hombres se bastaban para empuñar los fusiles que había. Era la mujer militante, la compañera de lucha del trabajador en los tiempos de terror y de ilegalidad, la que había compartido con el comunista, el socialista o el anarquista la pobreza, la oscuri-

LAS MUJERES, VICTIMAS DEL FASCISMO



El barrio tiene ya su carne herida; sabe de la mordedura cruel de la metralla. Nuevamente se han abierto sangrientas las bocas rojas. Visitamos el Hospital. En todas las salas, muestras sangrientas e inocentes pregonan al ánimo suspenso de horror la vesania del fascismo asesino. En la sala 6, en la 9, en la 12...

NO ES NADA, NO ES NADA...

María Bejar está medio recostada en la blanca cama. Haciendo contraste con las sábanas de nieve, se destaca su rostro moreno. Tiene los ojos cruzados de venillas rojas y un cerco morado debajo de ellos. Lloro y llora incontinentemente.

—No hace otra cosa desde que entró—me dice la enfermera, secándole las lágrimas.

—No sé, no sé nada—responde a nuestras preguntas—. Iba por la calle. Una mujer dijo que venían los aviones. Yo no sentí nada. De pronto la gente echó a correr. Yo también corrí, pero no podía. Caí al suelo. No sé, no sé nada.

María Béjar no está herida. En el alacamiento de la instintiva huida, el rumbo ciego, sufrió magullamientos.

—No es nada—le ha dicho el médico.

—No es nada—le han repetido las enfermeras.

—No es nada—hemos afirmado nosotros.

Todo inútil. María Béjar llora y llora incontinentemente.

LOS NIÑOS NECESITAN LECHE

Pasamos a otra sala. Laura Guindal tiene treinta y cinco años y un rostro abierto a la alegría. Hace un mes tuvo que evacuar su casa y se trasladó al barrio de Salamanca. Pero Laura Guindal es casada y tiene chicos pequeños, que necesitan diariamente leche. Todos los días iba al barrio para llevarles alimento a sus niños. Hasta que...

—Estaría escrito—afirma con gesto fatalista—. Yo iba por el campo, como todos los días, cuando divisé a los aviones. Iban muy altos, pero de pronto descendieron. Entonces me tiré al suelo. Oí dos o tres estampidos, el último muy cerca. Ya no pude levantarme. Me miré y vi que echaba sangre por la rodilla. Allí estuve hasta que me recogieron. Aquí estoy muy bien, pero yo quiero marcharme, porque los chicos están solos y son el demonio. Inmediatamente se pone a hablar alegremente de sus hijos, y así la dejamos.

YA TODO ES IGUAL

Sentada en una cama está Benita Sánchez. Tiene la cabeza baja y la mirada absorta y lejana. Cuando la

aviación enemiga dejaba caer su carga mortífera, salió corriendo de su casa con su chico de pocos años, y se metieron en una zanja que en previsión habían abierto los vecinos en el suelo. Cayeron varias bombas. Una al borde de la zanja. Benita Sánchez quedó con medio cuerpo enterrado. El chico se quedó allí con los ojos abiertos de terror, muerto.

—Dime, ¿qué vas a hacer cuando te pongas bien?

Benita Sánchez no sabe qué va a hacer. Hace tiempo que se quedó viuda y vivía con su chico en casa de un pariente. Alguien le dice que cuando salga del hospital debe salir en una expedición para Valencia. Bien. A Benita ya todo le parece bien. Habla mecánicamente y su mirada sigue ausente de la sala.

LA ANCIANA LAURA BENITA

Sobre el hoyo de la blanda almohada los ojos grises de Laura Benita nos contemplan con curiosidad. Laura Benita tiene sesenta y cinco años. Su cara arrugada acusa el paso del tiempo y de los trabajos, pero el brillo de sus ojos nos hablan de una energía no gastada.

—¿Qué tal?

—Muy bien, hijo; me duelen las dos piernas, pero esto ya pasará.

Laura Benita regresaba de la compra cuando estallaron las primeras bombas.

—Se armó un remolino tremendo—dice—. Yo perdí una bota de paño

y la cacharra de la leche. Cuando pasó "aquello" me di cuenta que me sangraban las piernas.

—Y ahora cuando te pongas bien, ¿vas a volver al barrio?

—Claro que sí. Allí está mi marido esperándome.

—¿Nada más?

—También tengo cuatro hijos, cuatro mocetones, todos casados. Pero ya se sabe: los hijos cuando se casan siempre viven aparte.

—¿Y no te gustaría marcharte a otro sitio?

—No. Mi marido y yo siempre hemos vivido allí, en nuestra casa. Allí hemos pasado lo bueno y lo malo. Si tenemos miedo lo aguantamos y en paz.

Laura Benita es una anciana fuerte. Ha dicho las últimas palabras brillándole los ojos grises bajo un ceño duro. Laura Benita no se marchará de su barrio, de su casa.

LA SALA NÚMERO NUEVE

Sala número nueve. Entramos. Camaradas heridos de la Columna Internacional nos miran desde sus camas. Allí hay tres heridos: Juliana Santurde, Bonifacia López y Filomena Serrano. Juliana Santurde estaba en su casa cuando sintió los aviones. Llamó a sus tres chicas y se refugiaron en un corralón cercano. Se arrojaron al suelo, pero Juliana no se libró. La casa frontera al corralón se derrumbó, por efectos del bombardeo, y los cascotes le alcanzaron, fracturándole la clavícula derecha y causándole diversas erosiones. En la cama de al lado está Bonifacia López, de cincuenta años. Estaba en la cola del pescado cuando sobrevino la desbandada general hacia la boca del Metro.

—Yo nunca corro—nos dice—; pero como corrían los demás...

Por el trayecto le alcanzó un trozo de metralla a la altura de la cadera.

Ya en el Metro se dió cuenta de la herida.

—Aquí estamos muy bien—nos dice—. Cuando llegamos aquel camarada—y señala a Raymond, de la Columna Internacional, dos veces herido, viejo amigo de las enfermeras—empezó a gritar: "Coñac, coñac..." A mí me dió miedo, pero luego resultó que era para nosotras, para reanimarnos.

Raymond se ha dado cuenta de que hablamos de él y nos saluda con una sonrisa alzando el puño.

—Salud, Raymond.

Una mujer se queja en la cama de al lado monótonamente. Es Filomena Serrano. Vivía en la calle A. C. con su marido y su chico de cuatro años. Hace dos meses el matrimonio se trasladó a Morata de Tajuña, pero tuvieron que regresar hace quince días para que el médico viese al chico.

El día del bombardeo el matrimonio salió a buscar leña con el chico, y



en plena calle les sorprendió el mosconeo de los negros aviones. Allí quedaron varias personas. Ellos tuvieron suerte. El marido herido en un pie y ella en el muslo. Al chico no le pasó nada, ¿sabes?—nos dice, y prosigue con sus quejidos formularios.

Se abre la puerta y entra Marianito. Víctima del anterior bombardeo, con su cabecita vendada; es ahora la mascota de la sala nueve. Los reyes de la Columna Internacional—como él dice—le han regalado una formidable pistola con su funda. Marianito hace

estrageos con ella. Todos los días mata a tres o cuatro camaradas.

Salimos de la sala. Rumbo a la calle nuestro acompañante completa la información: Además de estas camaradas entraron tres mujeres más, que murieron, y varios chicos.

Ahora mientras hilvanamos el reportaje, llega a nuestros oídos el trepidar de los motores fascistas. Nuevamente los pájaros negros de la rapiña y del crimen dirigen sus alas al barrio en busca de "los objetivos".

J. J. M.

MUJERES EVACUADAS DE MADRID

Las mujeres madrileñas oponen cierta resistencia a ser evacuadas. Cuando transcurren varios días sin recibir la visita sangrante, nuestras mujeres se olvidan del peligro. Pero al final de un nuevo bombardeo, nuevamente se apodera de ellas el afán de salir de Madrid. Abandonan Madrid con la creencia de que van a pasar penalidades fuera de sus hogares. No quieren cerrar las puertas de las amenazadas viviendas, porque tras ellas dejan todas sus intimidades; dejan años de alegrías y de sufrimientos pasados al lado de los suyos.

El abandonar la casa, los trastos y la ropa, es siempre motivo de sufrimiento para la mujer. Prefieren morir abrazadas a ellos antes que dejarlos. Y es preciso que la metralla extranjera se clave en la carne de sus vecinos o de sus familiares para que se decidan a salir de Madrid.

¿Que se encuentran en Levante,

éxodo de nuestra España? Nosotros hemos estado allí al lado de las mujeres evacuadas. Y hablamos con muchas de las que no querían abandonar Madrid. Recuerdo una de ellas que me contestó, al insinuarle su evacuación:

—¿Cómo me voy yo a ir de mi casa si me ha costado mucho sudor el hacerla? Aquí han nacido mis hijos; aquí llevo viviendo muchos años, y no la abandonaré jamás. Lo que sea de todos que sea de mí...

Los aviones fascistas bombardearon también su barrio. En el edificio colindante, los pisos altos se confundieron con los bajos y los escombros hicieron en la calle un montón, sobre el cual las viviendas nos presentaban escaradamente sus intimidades. Nuestra amiga salió de Madrid a un pueblecito de Levante. Y allí, en la tranquilidad de la fértil región, hemos charlado con ella sobre su nueva vida.

Está alojada en un gran edificio, habitado hasta hace muy poco por un fascista fugitivo. Tiene dos pisos, y en cada uno de ellos vive una familia de Madrid.

En las viviendas de los comprometidos en la sublevación fascista viven ahora los evacuados. La tierra valenciana es lo suficientemente rica para que nada les falte a estas mujeres, víctimas también, como los niños, del terror fascista. Su vida se desenvuelve pacífica, sin ese mirar constante al espacio...

Y en Madrid, entre los penachos de humo y de polvo levantados en sus barrios por las bombas fascistas, sigue su hogar esperando el regreso de la mujer. Y si el destino quiere que sea carne de la destrucción cruel, salvan, por lo menos, sus vidas, que son necesarias para España.

Las mujeres en Levante sienten la guerra desde lejos. No son como los niños, que se olvidan de ella al no oír el retumbar de los cañones y las explosiones de las bombas. Las mujeres conservan en Levante su recuerdo perenne de la guerra, porque para ella han dado a su compañero o a sus hijos. Y mientras ellos luchan en el frente por la verdadera salvación del hogar, ellas trabajan desinteresadamente en la retaguardia para mantener el fuego sagrado de esta lucha, en la que se juega la independencia de nuestra patria.



La mujer en la lucha



EL TALLER OBRERAS DE LA GUERRA

NIÑOS PASTORES LLEGAN HASTA ALLÍ

HIMNOS Y TRABAJO

La mayoría de ellas tienen sus hermanos y sus novios en el frente. Sus madres y sus hermanos pequeños han sido evacuados. Ellas han permanecido aquí, bajo la dirección de las Juventudes Socialistas Unificadas trabajando para la guerra.

Los oleajes de la lucha les ha obligado a cambiar de domicilio más de una vez. Ahora, los talleres han sido instalados en un barrio relativamente apartado, lleno de sol cuando lo hace. Niños pastores llegan hasta allí con sus majadas, y cuando los estallidos de las bombas o el tronar de las baterías, no captan su atención, cantan villancicos.

Las jóvenes de todos los radios se están agrupando en estos talleres al servicio de nuestra guerra. Aquí se les prepara técnicamente; se les educa para la producción colectiva y se desarrolla su formación política. En torno a cada máquina se agrupan tres: la maquinista, la ayudante y la aprendiz. Distribuidas así, en grupos mínimos por toda la sala, cantan himnos ("Joven Guardia", "Comintern", "Carlos Prestes", "Thaelman", "Bandera Roja", "Lina Odena", "La Internacional"...). A veces callan. Alguna piensa en el horror de la guerra, en su hogar deshecho, en su hermano o su compañero muerto en el frente y suspira. Luego vuelven a cantar, bien para espantar las penas, bien para reafirmar su fe en el porvenir de su clase, de la juventud de su clase.

CULTURA MURAL

El periódico mural es aquí un agente de cultura práctica. La responsable general empieza por dar el ejemplo: escribe artículos culturales, políticos y de línea a seguir, ilustrados con fotos de figuras de nuestros días: Lina Odena, Stalin, "Pasionaria". Luego invita a todas las compañeras a colaborar, corrige sus errores y traza nuevas normas.

El lugar más destacado del periódico mural lo ocupa el "cuadro de honor", la plana de las estajanovistas, que señalan con su conducta y su trabajo el ejemplo a seguir. La emulación ocupa el lugar que antes tenía el mando. A las compañeras se las estimula a producir más y mejor, porque el producto ha de ser para todos; no se las manda. No necesitan que se las mande. Hoy trabajan por la victoria, como otros luchan por la victoria; mañana trabajarán por la reconstrucción de la economía nacional, sobre principios de justicia y de progreso.

Y frente al cuadro de honor, su contrapartida, el de las compañeras que menos han producido durante la semana. "¿Sabéis por qué?—leemos—. Porque no están diariamente en el taller, y porque cuando están sólo piensan en salir a la calle, y no se dan cuenta de la falta que hace que rindan lo máximo en el trabajo. Por ello, yo os invito, compañeras, a que trabajéis con más ardor y procuréis alcanzar el glorioso nombre de estajanovistas..."

ERA UN CAPITÁN DE AMETRALADORAS...

El trabajo se entrecruza de noticias y comentarios de la guerra. Hay muchas que no tienen noticias de sus hermanos o compañeros desde hace varias semanas. Este silencio les angustia. Así, cada vez que llega alguien ajeno al taller, buscan en sus ojos, antes que en sus palabras, la nueva alegría o fatal. La propia responsable está en este caso. En los primeros días se fué al frente, como enfermera de la Columna Mangada. Allí trabajó tres meses, cerca de un capitán de ametralladoras. Cuando las Juventudes la reclamaron en Madrid, convinieron en

que organizaría los talleres, se escribirían y volverían a unirse pronto. Tenían todo preparado para casarse. Ahora, hace dos meses que no sabe de él...

MONJAS ENFERMAS

El viejo caserón del convento ha sido remozado por las chicas de las Juventudes. Cuando ellas entraron aquí, lo encontraron sucio, lleno de trastos, con los dormitorios en desorden y olientes a medicina.

"Las Teresas — nos dicen — estaban todas enfermas. La mayoría de ellas eran francesas. Cuando estalló la sublevación involucraron a sus padres las niñas internas que tenían, y se acogieron a su bandera. Allí dejaron la guardesa y su marido. Este, que era de la U. G. T., se marchó al frente. Lo mataron el día 5 del mes pasado en Buitrago."

Al llegar las Juventudes, encontraron, como único ser vivo, a la guardesa. Todo el edificio parecía habitado por fantasmas. Parecía haber estado abandonado durante años. La guardesa, viuda ya y enlutada, aguardaba, sin saber qué. Hoy está al servicio de las jóvenes. Nos dicen que la van a afiliar, con las cocineras, al Partido Comunista. No será para ella un sacrificio. Nos asegura que ni ella ni su compañero asistieron jamás a misa. Las monjas tampoco se lo imponían; sabían que sería inútil.

JUVENTUD, HIGIENE

En medio de la guerra, y a pesar de ella, por el viejo convento de las Teresas circula hoy un aire juvenil y lleno de esperanzas. El trabajo ha sustituido a la quietud; los himnos revolucionarios, a los rezos; la charla política, al responso caduco; la higiene, a la suciedad; la salud, a la enfermedad. Los dormitorios no huelen ya a medicina. L. N. C.



MARY DE URQUIDI

Es la esposa del hoy embajador de México, Sr. Urquidi. Por aquellos días de julio se encontraba sola en Madrid. El Sr. Urquidi estaba en San Sebastián, con sus hijos. Un estremecimiento de guerra sacudió a la capital y levantó a los pobres de España. Unos marcharon hacia las líneas de fuego; otros tomaron el camino del extranjero.

Más que en su calidad de extranjera, ella pensó en qué podía servir al pueblo. Todo su talento había estado siempre consagrado a aliviar la suerte de los que sufren.

Delante de la Embajada, un "paco" la tiroteó. Las balas dieron contra el muro, hicieron varios impactos y rebotaron. Ella salió ilesa. La guerra bramaba y se extendía.

Mary — como familiarmente le llaman las enfermeras de la Enfermería "Pasionaria" — volvió a la Embajada, pensando cómo incorporarse a la lucha. De la Casa del Pueblo solicitaban, por el Radio, enfermeras para el frente. Era lo que ella esperaba. Enfermera titular con una larga experiencia en varios países, podía ser útil.

Un coche de Milicias la llevó a la Casa del Pueblo. Era ya de noche. De allí la mandaron a la casa de las Juventudes. Le pidieron documentación. El pasaporte diplomático no bastaba. El carnet del Sindicato de Enfermeras de México, que ella misma había fundado, era el aval conveniente.

La señora del diplomático se convirtió en una simple enfermera. Marchó en seguida a la Sierra, confundida en aquel admirable tumulto de energías y de heroísmo. En la Embajada no supieron más nada de ella, por de pronto.

Llegó a la Sierra en la ambulancia,

justamente después de uno de los primeros y más rudos combates. Por el campo había bastantes heridos. En la noche, se quejaban, blasfemaban, llamaban a sus compañeros. Por encima silbaban las balas. Mary se adelantó hacia las avanzadillas, recogiendo heridos, ayudando a transportarlos a la ambulancia, haciéndoles las primeras curas de urgencia.

Así pasaron varios días, de la Sierra a la ciudad y viceversa, sin volver a la Embajada. La última vez que se acercó a la línea de fuego, se había repetido, más violentamente, el combate de la primera. Un periodista norteamericano se hallaba en peligro de muerte, a causa de una confusión y por no saber hacerse comprender. Mary, que es inglesa de nacimiento, llegó a tiempo de salvarle la vida.

Fué entonces cuando la reclamaron en el Hospital Obrero, donde por mes y medio fué responsable del quirófano. Se hizo querer, se hizo admirar; se distinguió por su abnegación, por su capacidad, por su inagotable espíritu de trabajo.

La guerra había multiplicado sus frentes. Los fascistas atacaban a Irún. Mary tenía aún sus hijos en San Sebastián. Urgía, pues, ponerlos a salvo. Marchó hacia Barcelona. De allí pasó a Francia, y entró de nuevo en España por Irún, que seguía resistiendo. Hubo tiempo de volver a pasar a Hendaya, antes de que se rindiera nuestra ciudad vasca. Si hubiera tardado una semana, sería más difícil...

Mary llevó sus niños a Londres y los puso de internos en un colegio. La guerra quedaba muy lejos, acá, en España. Ella hubiera podido seguir, tranquilamente, allí, donde el hombre medio de la clase media apenas comprende nuestra tragedia. ¿Una guerra civil en España? ¡Bah! ¡Cosas de países levantiscos!

Mary consultó con sus hijos (tres niños de doce, quince y diecisiete años). Ellos le dieron su opinión: "Nosotros quisiéramos que te quedaras aquí, pero allí haces más falta; allí puedes prestar mejores servicios al pueblo." Esto correspondía a sus propios sentimientos.

Los días que permaneció en Londres los aprovechó para visitar clínicas infantiles. Los niños han sido siempre una de sus grandes preocupaciones. Le gustaría estudiar a fondo



su psicología. Otra de sus aspiraciones sería escribir una historia completa de la enfermería, ayudándoles al mismo tiempo a libertarse. Mi deseo sería poder seguir sirviéndole."

Luego vino el cambio de diplomáticos. El Sr. Urquidi pasó a ser embajador de México. Mary dejó con pesar su puesto en el hospital. Allí había trabajado, en un ambiente de camaradería que — nos dice — no olvidará jamás. Allí había puesto su talento, su trabajo y su amor al pueblo; allí había dejado medio litro de su sangre en las venas de unos milicianos heridos...

L. E.

La mujer, militante revolucionaria ilegal

EN RECUERDO A ADELA, LA MUJACHA QUE VIVIO PARA LA REVOLUCION

Todavía recuerdo a Adela, delgada, alta y desgarbada; el rostro afilado, en el que brillaban dos ojos negros y vivos. Tenía diecinueve años. Su hermano era de la Juventud y sus hermanillas estaban en los Pioneros; una de ellas, la mayor, la llamaban «La Pionera». Adela prestaba su entusiasmo y sus esfuerzos al trabajo de solidaridad con las víctimas del fascismo.

Apenas sabía escribir; sin embargo, ella apuntaba torpemente en un trozo de papel las iniciativas que proponía en las reuniones ilegales. Hablaba sin jactancia, sin pretensión, sin orgullo y sin vergüenza. Y salpicando su charla repetía constantemente el toniquillo: «No es justo, camarada...»

LOS «CONTACTOS»

Un día sí y otro no dábamos el «contacto» a los grupos de base. La persecución policial del bienio negro obligaba al Socorro Rojo a vivir en un régimen completamente clandestino. La organización de Madrid, dividida en cuatro Secciones, se encargaba, a través de ellas, de no perder la ligazón entre todos los grupos y sus militantes. Cada Sección daba sus «contactos» aparte. Y a ellos, en los sitios señalados por el Comité, acudían los responsables de los grupos. Se les entregaba manifiestos ilegales,

pasquines, sellos de cotización y se mezclaba con la gente, se perambulaba entre las filas de butacas ofreciendo los sellos. En un bolso echaba por ellas hasta que llegaba el momento de la recaudación tan sabida. Hablábamos con él brevemente y luego nos retirábamos a la quietud; los himnos revolucionarios, a los rezos; la charla política, al responso caduco; la higiene, a la suciedad; la salud, a la enfermedad. Los dormitorios no huelen ya a medicina. L. N. C.

El responsable del grupo se acercaba a ella y juntos daban una vuelta a la manzana de casas. En el momento de la entrega, Adela se encargaba de ella. Cuando volvíamos al grupo, los compañeros esperándola para dar el documento que les acreditase como tales.

Adela se procuró la cédula de la manzana de un preso. Con el falso documento fué a la Modelo a visitar a uno de nuestros compañeros. Le hacía esperar en una reunión y era necesario que nos dijera ciertas cosas de interés para la organización. Adela entró en el locutorio y pudo hablar con él. Pero cuando salía a la calle, se detenía y al comprender que no era familiar de Adela, se la llevó a la Dirección de Seguridad. Nosotros, de izquierda, ya fuéramos de un brazo por el policía. Montaron un coche y se perdieron, calle arriba, en busca del encierro.

LOS SELLOS DEL MITIN

Durante todo nuestro período de semilegalidad, uno de los trabajos más notables de las mujeres clandestinas ha sido la venta constante de sellos de propaganda. En los mitines de izquierda, ya fueran de un día o de otro, Adela era siempre la encargada de la Sección vendiendo sellos. Rivalizaba con los otros

A los dos días estaba en la Cárcel de Mujeres. Allí la ví tan animosa como siempre. Me habló de sus iniciativas en el Socorro, de su trabajo revolucionario entre los presos.

Estuvo detenida varias semanas a disposición del director general de Seguridad, cruel manera de tener un preso días y días en una celda, sin ninguna prueba contra él.

TAN OSCURAMENTE COMO VIVIO...

Desde entonces no la volví a ver. Al levantarse los traidores contra su Patria, Adela continuó en su puesto de lucha. En los primeros momentos estuvo en uno de los conventos incautados, preparando comida para los milicianos. Después fué con ellos al Cuartel de la Montaña y a la Sierra; allí estuvo varios días transportando heridos a Madrid. Y después... en el cuartel de su barriada se disparó el fusil de un miliciano, levantando la cabeza de Adela. El balazo entró por la barbilla de la muchacha... Y la muerte la dejó tendida en el suelo, larva y flaca, con la cabeza destrozada.

Su muerte no fué una página heroica, como su vida, que también fué oscura. Laboró siempre en la ilegalidad por la emancipación de su clase. Y el destino quiso que cuando sus fatigas iban a ser recompensadas, la bala de un fusil del pueblo la matara íbilmente en el patio de un cuartel de Milicias.

Manuel ORETAG

SINDICATO DE ENFERMERAS Y PARTERAS TITULADAS DEL DISTRITO FEDERAL.

MIEMBRO DE LA CONFEDERACION DE SINDICATOS MEDICOS DE LA REPUBLICA DE LA FEDERACION DE SINDICATOS OBREROS Y DE LA CAMARA DEL TRABAJO

La Compañera *Mary de Urquidi* cuyo retrato va al margen, es miembro activo de este Sindicato.

Y para que sea reconocida por las compañeras y demas Agrupaciones Sindicales se le expide la presente Credencial.

En la Ciudad de México a de 193

La Secretaria General

NUESTRAS HERMANAS RUSAS

El agradecimiento que el pueblo español siente por nuestros hermanos rusos es de tal intensidad como jamás se ha conocido en la Historia. Nunca los lazos de solidaridad entre dos naciones, tan distantes geográficamente,

por las manos de nuestras hermanas rusas es el galardón mayor que podemos recibir de ellas. ¡Cuánta ilusión, cuántos pensamientos de liberación hacia nosotros correrán por la frente de la mujer rusa al confeccionar las telas con que nuestros milicianos han de abrigarse!

La Prensa viene publicando diversas notas de solidaridad del pueblo ruso, de sus trabajadores. Y de ellas la más emocionante por su sencillez es la enviada por una obrerita de un taller de confecciones. Con lenguaje sencillo nos cuenta su deseo de que dentro de muy poco España siga una ruta feliz de libertades sociales. Al leerla nuestra imaginación se posa sobre la U. R. S. S., y vemos a las obreras, felices, trabajando, sus caras radiantes de felicidad, con esa satisfacción tan característica en los obreros rusos, que se saben no explotados, que ignoran lo que es el desprecio de señoritos desvergonzados y de caciques insoportables.

¡Salud, mujeres rusas! Las muchachas españolas, y concretamente las que luchamos dentro de las Juventudes Socialistas Unificadas, no olvidaremos jamás vuestra adhesión. Lo decimos con verdadero orgullo. De todas las adhesiones que los pueblos pueden presentar a nuestro país, la vuestra es para nosotras la más valiosa. Porque para sentir la unión hay que comprenderse. Y vosotras comprendéis nuestro sacrificio, ya que antes vivisteis el propio. Cada página gloriosa escrita por nosotros no es sino un recuerdo de la que vosotras escribisteis para la Historia con letras de oro.

Aurora ARNAIZ



pero tan cercanas en ideal, han podido ser más fuertes. Y de esta solidaridad resalta el papel que en ella forma la mujer. Entre las rusas y nosotras se ha sellado un nudo indisoluble. Estamos unidas no ya por afinidad espiritual; hemos llegado a más. Nuestras inquietudes, nuestros afanes, nuestros deseos de lograr la victoria, han sido hechos suyos. A tal punto, que cada pieza confeccionada



Plan de estudios de un hospital norteamericano

Voy a exponer el plan de estudios del hospital en donde yo estudié, que es, más o menos, el que rige en todos los hospitales americanos.

El hospital recibe dos grupos de alumnas en el año, cada uno de treinta o treinta y cinco alumnas, o sea según la capacidad de la escuela-hogar, que está determinada en combinación con el número de camas del hospital.

Las solicitudes se hacen por escrito, y si puede la aspirante llenar todos los requisitos que se le piden, que son los siguientes: haber cursado y graduado en la Secundaria, uno o dos años de Universidad o Colegio Superior Comercial, tener su certificado de buena conducta en sus escuelas, tener un certificado de un sacerdote de la iglesia—cualquiera que sea su religión—, y también un certificado médico de buena salud, entonces se le admite como "aspirante" o "probatoria" por dos meses.

Antes mandan una lista de ropa especial que tiene que comprar y llevar consigo. Al entrar se le practica otro examen médico. Se emplean los dos meses de "probatoria" en enseñanza rudimentaria de enfermería, como el arreglo de camas, el cambiar sábanas sin la menor molestia para los enfermos, bañar a los enfermos dentro de sus camas, lavarlos el cabello a los que no pueden levantarse, tomar el pulso, contar las respiraciones y poner el termómetro, poner lavados, etc., etc. Esta enseñanza está combinada con clases de principios de Medicina, Anatomía, Fisiología, Dietética, etc., dada la importancia del alimento en Medicina y para la salud. Enfermeras profesoras son las que se encargan de estas clases.

Desde que la alumna entra de aspirante a estas escuelas está sujeta a todas las reglas, que son tan estrictas como las de un colegio de internos o una escuela militar. Se levantan a las seis de la mañana, arreglan sus camas, y desayunan a las seis y media. Se reúnen a las seis cincuenta para pasar lista con la subdirectora, quien les indica los pabellones o salas en donde deben prestar sus servicios durante ese día. Las horas de trabajo son de siete a siete, con media hora para comer entre doce y una, y media hora para cenar entre cinco y media y seis y media. Se les concede dos horas de descanso durante el día, ya sea en la mañana o en la tarde, pero estas dos horas, casi siempre, son empleadas en clases y estudios. De las siete de la noche hasta las diez tienen libertad de salir, pero deben estar dentro de sus habitaciones a las diez en punto, y acostadas, con luces apagadas, a las diez y media, que es la hora en que la enfermera cuidadora de noche pasa revista de las habitaciones.

Una vez por semana se les da libres toda la tarde, hasta las diez de la noche, y los domingos, cuatro horas de descanso. También una vez por semana se les concede un pase hasta las once y media de la noche, para ir al teatro; pero si por cualquier circunstancia han entrado a la escuela-hogar un minuto después de las diez de la noche en la semana anterior, este pase especial es retirado por un mes, como castigo.

Tienen una sala común, biblioteca y pianos; en estas salas reciben a sus amigos y familiares, los cuales pueden ir de las siete a las nueve de la noche, o durante las horas de descanso, los domingos. Por ninguna circunstancia pueden pasar los familiares a sus habitaciones.

Transcurridos los dos meses de ensayo, si dan pruebas de resistencia física, moral y mental, se les considera como estudiantes de enfermería y se les entrega el uniforme, que tienen que usar durante el resto de su curso, el cual es de dos y medio a tres años.

Durante el primer año es forzoso dar tres semanas de asueto, y los dos siguientes, un mes cada año, por cuenta propia de la enfermera.

La escuela proporciona los uniformes, libros, lavado y planchado, y un sueldo pequeño de cinco dólares, más o menos, mensuales. Este sueldo es muy bajo, pero está bien meditado, pues la idea es que la escuela tenga la seguridad de que todas las muchachas que entran sean de familias "bien" y que tengan verdadera vocación, que no sea únicamente un medio para ganarse la vida, que sean de cierta clase social, puesto que una enfermera titulada tiene que estar preparada para cierto contacto social con sus enfermos, así como para muchas fases de la vida que se presentan en su trabajo. Desde luego, las familias que pueden pagar a una enfermera especial, esperan y exigen una persona instruida, y también, por otra parte, así la enfermera está preparada para

instruir, en cualquier ramo de servicios públicos.

El primer año de la enseñanza es muy duro, pues los médicos dicen que si el hospital es para curar enfermos, la enfermera tiene que saber el padecimiento y el curso de la enfermedad; necesitan que la enfermera los secunde en todo, puesto que ellos no pueden hacer más que una visita corta cada veinticuatro horas, y durante ese tiempo la enfermera es responsable, hasta cierto punto, de los enfermos.

Para este fin, se forman clases especiales, atendidas por los mejores profesores, médicos y cirujanos del hospital, dentro de la misma escuela-hogar. Las clases, o lo que allá llaman clínicas, son de materia médica, química, patología, puericultura, enfermedades contagiosas, anatomía avanzada, radiografía e hidroterapia, todo esto además de la enseñanza práctica que dan las profesoras.

En el segundo año se dedican tres meses exclusivamente a la obstetricia y maternidad, dando mucha importancia al alimento de los niños pequeños.

En el tercer año hay menos estudio y más trabajo, pues es cuando se les manda a la sala de operaciones a aprender a dar anestésicos. Allí la enfermera ayudante del cirujano tiene que ejercer de cirujano ayudante y saber con exactitud el instrumento que vaya necesitando el cirujano. También en este año se recibe instrucción y práctica de dispensarios, investigaciones sociales, y en algunos hospitales hay cursos especiales para cuidar locos, pero este curso no es obligatorio. A fines del tercer año se da un curso obligatorio de declamación.

Dos meses antes de terminar el último año hay exámenes generales de práctica y teoría en el hospital, en los cuales se necesita un 75 por 100 de promedio para adquirir el diploma del hospital, más un examen especial de obstetricia y maternidad, para el diploma de enfermera-partera. Un último, pero el más importante de los exámenes, es el de la Universidad de Nueva York, o del Estado en que se encuentre. Este es por escrito, y se hace en colectividad con enfermeras de otros hospitales. Este escrito es recogido por la Universidad, y después de dos o tres semanas, si se ha contestado todo con un 80 por 100, se concede un pergamino con los derechos de enfermera titulada. Si acaso reprobaban en este examen, se les concede tres meses para volver a examinarse. Si en el segundo examen es reprobada, ya no tiene derecho a obtener el título, sino únicamente graduada de su hospital, lo cual no le da derecho a inscribirse en ningún registro público.

Si durante estos tres años de duras pruebas alguna enfermera llega a cometer una inmoraldad, aunque le falten unos cuantos días para graduarse se le expulsa del seno del hospital.

Por cada día que pierde durante estos tres años, la enfermera tiene obligación de reponerlo después de graduada.

MARY DE URQUIDI

CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES

El semanario AYUDA, editado por el S. R. I., abre un Concurso de cuentos infantiles dedicados a los niños de la España libre. Las bases serán las siguientes:

1.º Los trabajos versarán sobre temas actuales, escritos para niños de ocho a quince años, con personajes y ambiente de nuestra lucha, haciendo resaltar especialmente el espíritu de heroísmo y de solidaridad infantiles con un sentido socialmente educativo.

2.º Cada cuento tendrá ocho cuartillas escritas a máquina, a dos espacios como máximo, o sea unas mil quinientas palabras, aproximadamente.

3.º Los materiales se enviarán al redactor-jefe de AYUDA (Abascal, 20, Madrid), firmados con un lema; adjunto se remitirá un sobre, en que vaya escrito el mismo lema, conteniendo el nombre y señas del autor.

4.º Se establecen cinco premios: uno de cien pesetas, otro de cincuenta, y tres de veinticinco.

5.º Los trabajos que el Jurado estime merecedores de optar a cualquiera de los premios, se irán publicando en AYUDA a medida que se reciban, para luego editarlos en libro.

6.º El Jurado podrá declarar desierto cada uno de los premios establecidos, caso de que los trabajos no respondan, por su calidad o por su carácter, a las bases del Concurso.

7.º El Concurso se considera abierto en el momento de aparecer esta nota en la Prensa, y cerrado el día 13 de febrero de 1937. Inmediatamente después de esta fecha se procederá a la distribución de premios.



Lina Odena, Heroína del pueblo



LINA, LA PEQUEÑA SASTRA DE BARCELONA

Cerca de la Diagonal de Barcelona, en una de las barriadas más populares, viven los padres de Lina y tienen un pequeño taller.

Desde muy joven, Lina trabajó de sastra día y noche. Pero cuando todo el mundo se había acostado en la casa, Lina cogía «los papeles», los libros, periódicos, para estudiar, para saber, para conocerlo todo.

Un día, en la casa del Partido Comunista entró una muchachita y pidió el ingreso y trabajo. Fue nada menos que Ramón Casanellas quien le dió el ingreso. En aquel tiempo eran muy pocos los compañeros en Barcelona; el trabajo era enorme. Lina trabajó sin parar para su Partido, para la Juventud Comunista, en cuyas filas consiguió muy pronto un puesto de dirección.

APRENDER, APRENDER, APRENDER

Este consejo que Lenin ha dado a la juventud fue bien comprendido por Lina, y la pequeña sastra se transformó, en el crisol del Partido Comunista, en un dirigente de la Juventud. La Organización la envió a la patria socialista, a la U. R. S. S. Allí recogió la experiencia de los jóvenes obreros soviéticos.

Volvió como una joven bolchevique, firme contra el enemigo de clase, firme contra los traidores en las filas del proletariado.

Nadie de los que lo presenciaron podrán olvidar el formi-

dable discurso que hizo nuestra pequeña Lina contra los traidores del grupo Bullejos. Nadie podrá olvidar cómo ella, la más joven de los militantes del Partido, vibró por la revolución y denunció a los enemigos. Era la nueva generación: abnegada, fiel e invencible.

LINA, LA DIRIGENTE DE LA JUVENTUD DE CATALUÑA

Dos años dirigió Lina, en el puesto de secretaria, la Juventud Comunista de Cataluña. Fueron dos años difíciles. Lina no desmayó ni ante la cárcel, ni ante la clandestinidad. En las fábricas y talleres de Barcelona no hay casi ningún obrero, ninguna muchacha, que no conozca a Lina; en los campos de Cataluña habló centenares de veces a los «rabassaires». Todos los círculos femeninos y grupos juveniles de todas las tendencias conocen a nuestra Lina. Hoy toda la juventud de Cataluña está de luto por su heroína.

LA HEROINA DE LA RABASSADA

Vino octubre y el pueblo catalán se alzó en armas contra los fascistas. Lina fue a la cabeza de toda la juventud, en las calles de Barcelona, en la defensa del Cadi, en la columna que salió en auxilio de los «rabassaires». «Y entre los heroicos luchadores de la Rabassada iba una mujercita.» «¡Y qué valiente luchó!», contaban en el bienio negro los «rabassaires» de Cataluña. Esta mujercita era ella: Lina.

Perseguida diariamente, no desmayó; siempre a la cabeza, luchó por la unidad de la juventud catalana.

Cooperó en la formación de la única organización juvenil. Pero Lina, catalana de verdad, gran luchadora por la libertad nacional y social de su pueblo, no era solamente dirigente de la juventud catalana.

Era conocida en toda España como miembro del Comité Central de Juventudes Comunistas. Como tal fue a Asturias.

EN ASTURIAS LUCHO PARA VENCER AL FASCISMO

En vísperas de la heroica batalla del 16 de febrero, en los



momentos en que Asturias sufría el terror indescriptible del fascismo, Lina fue a Asturias a consolar con su temple de acero a las mujeres asturianas, a prepararlas para la gran batalla cuya victoria les devolvió sus maridos, hijos y hermanos. En Asturias, al lado de «Pasionaria», consiguió el triunfo. Las mujeres asturianas pronunciarán su nombre al lado del de Aida Lafuente.

De Asturias marchó a Córdoba, a Sevilla, a Albacete, y en todas partes dejó una potente organización femenina antifascista.

LINA, ORGANIZADORA INCANSABLE DE LA MUJER

Después de la victoria del 16 de febrero, Lina trabajó para la unificación de la Juventud. Tomó parte en muchas conferencias, mítines y Congresos de Unificación. El primer mitin de unificación en Madrid fue presidido por ella. Habló ante la Juventud Unificada de Cataluña en el histórico lugar de la Rabassada. Al mismo tiempo organizó el trabajo de las mujeres antifascistas. Era secretaria del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo.

Nunca olvidó a los suyos. Las sastras de Madrid no olvidarán a «la catalana», que tanto les ayudó en los días de la última huelga.

LINA EN EL FRENTE

Unos días antes de la criminal rebelión fascista, Lina se marchó a Almería para participar en el Congreso Provincial de Unificación de las Juventudes. Allí la sorprendió el movimiento, organizando la lucha en las calles de Almería. Desde Almería marchó a Guadix en el crucero «Libertad». Y en el frente de Guadix trabajó.

¿Qué hacía Lina en el frente? Hoy, cuando en el seno de nuestras organizaciones femeninas se discute dónde debe trabajar la mujer, si en el frente o en la retaguardia, hace falta resaltar el ejemplo de Lina. Lina trabajaba donde hacía falta. Con el fusil, en las calles de Almería; de enlace, en el frente de Guadix. Llamando a las mujeres para hacer «jerseys» y ropas a los milicianos, en Murcia; organizando la producción de dos fábricas textiles, en la provincia de Granada.

Una vez la vimos en Madrid después del movimiento. Nos contó su trabajo; queríamos una entrevista.

—No, no tiene nada de particular.

Sí, Lina querida; toda tu vida, todo tu trabajo era así: nada de particular. El trabajo diario, incansable, disciplinado, allí donde hacía falta, allí donde la lucha contra el fascismo te llamaba, allí donde tu Partido, que tanto querías, te mandaba.

Y en una carta que nos escribió no hablaba de ella, sino de sus chicos, los milicianos, los marineros, los heroicos aviadores. Nos escribías llena de alegría: «¡Cuánto me quieren!» Sí, Lina; cuánto te queríamos todas.

El dolor nos hace apretar los puños. Lina, camarada, hermana: no has caído en balde. En tu nombre luchamos millares de mujeres antifascistas; en tu nombre abrimos fábricas y talleres para vestir a tus chicos: los milicianos, los marineros, los aviadores, y en tu nombre venceremos.

Lina, tú eres el ejemplo para nosotras, la joven generación de mujeres españolas. De ti hablarán las madres de Cataluña, de Asturias, de Andalucía, a sus hijos; de ti, fiel compañera de nuestra gran «Pasionaria».

AIDA LAFUENTE

Todos la recuerdan: es la muchacha que en la insurrección de octubre murió valientemente a las puertas de Oviedo junto a una ametralladora.

La reacción gobernante lanzó contra la región minera a las tropas de mercenarios. Ya entonces los moros y legionarios sembraron un precedente de crueldad que después han repetido sobradamente en los pueblos y ciudades españolas. Los «patriotas» agolparon toda clase de elementos guerreros frente a los obreros desarmados; concentrando sus mejores tropas de destrucción y de rapiña. Y a pesar del terror desencadenado, a pesar de la ferocidad cruel de los mercenarios, se encontraron frente a unos trabajadores que vendían heroicamente su vida. Ante la experiencia guerrera de los moros y legionarios se ponía el entusiasmo de los mineros...

En aquellas luchas se escribieron con sanare páginas admirables del heroísmo del pueblo español. Una de ellas fue la de Aida Lafuente.

Los mercenarios apretaban cada vez más el cerco de la capital, haciéndose necesaria la retirada. Entonces, Aida Lafuente se colocó junto a una ametralladora; ordenó a sus compañeros que fueran retirándose, que ella retardaría el avance de los legionarios.

Hasta el último momento aguantó el fuego enemigo. Con su ametralla-

dora, la muchacha comunista de Oviedo hizo frente a los legionarios. Su máquina no dejó de funcionar ni un instante, hasta que el enemigo se encontró materialmente frente a ella. Y así y todo, siguió disparando, orgullosa de haber salvado la retirada de los mineros. Próximos a ella, un oficial disparó su pistola contra el cuerpo de Aida, que parecía pegado a la ametralladora. El tiro disparado a bocajarro hizo mella en la carne de la heroína, pero aún la dejó el tiempo suficiente para dar un viva a la revolución.

Después... cuando la persecución de la policía era intensa, cuando funcionaban día y noche los tribunales de la reacción, el gesto heroico de Aida Lafuente era como una sombra que amparaba a los perseguidos. En la mente de los legionarios quedó grabado aquello hasta tal extremo, que teniendo a su hermana Maruja frente al pelotón del fusilamiento, bastó su apellido para entregarla a los tribunales.

Aida Lafuente murió por la libertad de las mujeres españolas, que en aquella época padecían bajo el bienio negro. Ahora, otras muchas heroínas han venido a continuar su conducta heroica; ellas son el orgullo de nuestras mujeres, que en la lucha actual de una España contra otra siguen el camino que les señaló Aida Lafuente.





DATOS PARA UNA BIOGRAFIA

En Dolores Ibarruri encontramos siempre a la mujer española. Sus sentimientos se transmiten en toda su intensidad, a quienes hablan con ella; su voz tiene, entre la silueta dolorida de su cuerpo y los rasgos finos de su cara, sonoridades de un valor profundamente humano.

Por eso, cuando Dolores se adelanta en la tribuna de cara al público y abre sus brazos a la gente, arrastra tras ella a todos los que la escuchan. Si Dolores no dominara tan completamente el lenguaje, su figura y su gesto bastarían por sí solos para hacer vibrar a las muchedumbres.

No solamente es así delante del público; en su intimidad se expresa de igual forma que en la calle o en el mitin. Tengo el orgullo de haber calibrado los sentimientos de «Pasionaria». No hace aún muchos días le enseñaba yo las fotografías de los niños destrozados por la metralla extranjera y de las mujeres muertas, con los ojos perdidos en el vacío, entre un coágulo de sangre. Cada visión horrenda era como un latigazo que hiriese la carne de Dolores. Sus exclamaciones de espanto se callaron ante un niño con el cuerpo completamente destrozado... Entonces no silabeó; en su garganta se ahogó como un rugido que quería decir: ¡Canallas!

CUANDO DOLORES IBARRURI IBA A MISMA

Tiene gran interés la vida de «Pasionaria». Su padre era minero de Gallarta, donde nació ella. En aquellos tiempos, la vida de la región minera se desenvolvía entre aguafuertes de miseria y de explotación. Dolores tuvo que trabajar desde muy niña: coser y servir. No pudo aprender grandes cosas en la escuela. A los quince años abandonó el lugar donde conociera las primeras letras. Pero aprendió en la miseria de los mineros, que, como su padre, dejaban la vida a trozos...

Entonces escaseaban las mujeres que no frecuentaban la iglesia. Dolores era católica. Enamorada, se casó con un barrenero, militante del partido socialista. Su cariño al marido le atraía más que el fervor religioso...

Y poco a poco fué abandonando la iglesia del pueblo, por no poner en ridículo al compañero, que asistía a los mítines y a las reuniones sindicales de la época.

ASÍ LA LLAMARON LOS MINEROS...

Según iba alejándose de la religión y adentrándose en el socialismo, Dolores se fué formando cultural y políticamente con la ayuda de su compañero. A los veintidós años comenzó ya a colaborar en la Prensa obrera, y a partir de 1930 era ya continua su participación en los mítines.

Hablaba con la voz de la verdad, describiendo las estampas de su vida y de su hogar... Y era tal el fuego de sus palabras, que «Pasionaria» la llamaron. Por todo el país siguió cantando los sufrimientos de los mineros y también en el pueblo español hizo carne la palabra de Dolores Ibarruri.

El tiempo ha ido formando a «Pasionaria». Hasta la implantación de la República no se hizo popular, aunque en Vizcaya, entre aquel ambiente de gentes de su clase, ya era Dolores querida y admirada.

Ha conocido las amarguras de las cárceles de la reacción, en cuyas celdas ha dejado transcurrir muchos meses de su vida.

EN LA TRIBUNA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Cuando la insurrección de Octubre, «Pasionaria» fué muy perseguida. Pero continuó trabajando en la ilegalidad para la revolución, para el Partido Comunista.

Asistió al último Congreso de la Internacional Comunista—ya había asistido a otros—, donde Dimitroff señaló la línea del Frente Popular.

Cuando las elecciones a Cortes, Dolores empuñó la bandera del Frente Popular y la ondeó por toda España en el asta de su lenguaje apasionado. Nuestras mujeres comenzaron a conocerla y a seguirla. La voluntad del país la llevó al Congreso de los Diputados, y allí, como en los mítines de los pueblecitos vizcaínos, como en las grandes concentraciones populares de las ciudades, como en la tribu-

na de la Internacional, ante la representación de los trabajadores de todo el Mundo, «Pasionaria» habló en nombre de las mujeres españolas.

Cuando la figura enlutada de Dolores se levantaba en el hemicycle hacía callar hasta a los provocadores profesionales de la reacción. Su primera intervención en el Congreso fué tan formidable que sus enemigos la admiraron en el fondo y la respetaron con el silencio. Los diputados de derecha e izquierda permanecieron absortos durante el discurso en el que «Pasionaria» hablaba, como mujer y como madre, del dolor y de



la tragedia del pueblo asturiano torturado por la Legión Extranjera.

UNA ANECDOTA DE LA REVOLUCION

Al sublevarse los traidores, Dolores se puso frente a ellos organizando el entusiasmo de las mujeres españolas. Ahora también han traído la Legión Extranjera, y, aún más, soldados alemanes y aviadores italianos.

De «Pasionaria» cuentan la siguiente anécdota actual:

«Una brigada de investigación advirtió a Dolores Ibarruri que unas monjas vivían en un piso de la calle de Velázquez. En seguida, nuestra querida camarada se presentó allí y habló con estas mujeres, que de pronto se asustaron al ver entrar a la célebre revolucionaria, acompañada de

unos milicianos. Tardaron poco en segregarse. «Pasionaria» les explicó lo que representaba el movimiento actual, movimiento completamente de acuerdo con Aquel que a latigazos echó a los mercaderes fuera del templo. Haciéndoles un cuadro exacto de las privaciones que tienen que soportar actualmente los que luchan contra el fascismo, obtuvo pronto que las monjas se ofreciesen para trabajar para nosotros. Les prometió impedir que se metiesen con ellas y les llevó unas imágenes, que fueron recibidas con una alegría disimulada, que sólo una jovencita exteriorizó con un fugaz beso. Pero más aún hizo nuestra amiga. Se fué a la cárcel, reunió a todas las que estaban allí únicamente por llevar hábitos, y a ellas también les dijo que no luchamos sino para que el pan y la libertad sean para todos, para terminar con la injusticia y la explotación. Cuando terminó fué ovacionada, y una se acercó para murmurar:

—Habla como un cura, pero como uno de los buenos.

Luego invitó a unas cuantas a acompañarla. Medrosas, protestaron:

—Estamos bien aquí, no se moleste... Dolores las tranquilizó:

—No tengáis miedo. Respondo de vuestras vidas con la mía.

Y las llevó al palacio que fué del duque de Alba. Encerradas años y años entre las paredes de un convento viejo y sucio, no sabían qué decir. Miraban avergonzadas, confesando muy bajo, atontadas por el lujo asiático de la aristocrática mansión:

—Es justo que sean castigados. Tantos riquezas, oro hasta en los suelos, cuando los pobres, a la puerta, tirando de frío, se morían de hambre...

Y bajaban los ojos, pensando en lo engañadas que habían vivido...

«Pasionaria» consiguió que aquellas monjas se ofrecieron espontáneamente a trabajar para el pueblo.

«YO TAMBIEN TENGO A MI COMPAÑERO EN EL FRENTE»

Dolores Ibarruri es la misma mujer que antes, siéndolo ahora todo. Su palabra llega al corazón de las mujeres españolas, porque sus sufrimientos son los mismos que los de ellas. En el célebre mitin donde pronunció aquella frase, que ya se ha hecho inmortal, de que es preferible ser viuda de un héroe que mujer de un cobarde, Dolores habló también de su compañero, animosa, dando ejemplo a las demás mujeres.

—Vosotras tenéis a vuestros maridos y a vuestros hijos en el frente. Yo también tengo al mío en el frente de Asturias.

AL LADO DE LENIN, STALIN Y DIMITROFF...

La popularidad de Dolores Ibarruri es hoy tan inmensa, que no tiene fronteras. En todos los países del mundo los trabajadores conocen a «Pasionaria» y las mujeres obreras conservan su fotografía como una reliquia. En las grandes manifestaciones de la Unión Soviética, en que desfilan millares y millares de trabajadores, la silueta de Dolores Ibarruri flamea en las calles al lado de Lenin, Stalin y Dimitroff. En «Pasionaria» personifica el mundo antifascista a las mujeres de España, viendo en ella la bandera de su liberación.

GARCIA ORTEGA

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

UNIÓN POLIGRÁFICA.
Bravo Murillo, 31. Madrid.

